

12 DE OCTUBRE

TRES NAOS

Por el Atlántico, "La Pinta",
"La Niña" y "La Santa María"...
y el Genovés, el corazón en alto,
frente al amargo pesimismo
de la marinería...

Muchas horas de dudas;
de torvo desaliento, muchos días.
Y, al fin, Rodrigo de Triana
grita eufórico: "¡Tierra!",
agrandadas de asombro las pupilas...

Se arriba a un nuevo mundo.
Clava Colón sobre la arena fina
de la playa
la humilde Cruz de Cristo
y el pendón de Castilla...

Con Colón va la lengua de Cervantes...
Y, después, las suaves leyes de Indias,
las luces del progreso,
la paz y la concordia
y del cristiano amor la amplia sonrisa.

Con celoso tesón la madre España
echa en los surcos la semilla...
Es fecunda su siembra
y la cosecha espléndida
porque a la esteva el amor guía...

12 de Octubre. Hispanidad.
Gesta de España
limpia y ejemplarísima.
Gesta sublime de tres naos
a través de la mar embravecida.

Madrid, 1960

JOSE MAQUEDA ALCAIDE
De la Academia Hispano-
americana Zenith

Cáceres y las falsas etimologías

Por CARLOS CALLEJO SERRANO

A micus Plato, sed magis amica Veritas... Esta frase debería estar escrita en lo alto de todas las páginas a rellenar por cuantos se dedican a escribir sobre temas de Historia. La Verdad es en el historiador lo mismo que el *Juramento Hipocrático* en los médicos o la bandera en el militar, es decir, precisamente, el punto de honor profesional. Por desgracia no se ha comprendido este principio en todas las épocas y el resultado es la enorme cantidad de fabulosa hojarasca de que están llenos los libros de Historia, en los cuales, el investigador escrupuloso debe andar pinzas en mano como un cirujano en las entrañas de un cuerpo, y a veces, no bastando esto, hay que dejar a un lado los tratados e irse a las puras fuentes prístinas.

Las etimologías de los nombres de poblaciones y de personas han sido unos de los más vastos campos para la imaginación fértil de los escritores de ancha conciencia. En el siglo XVII se inventaron montañas de ellas, la mayoría desprovistas del más pequeño fundamento serio; y contra la opinión y los continuos avisos de los especialistas todavía se mantienen muchas a ciencia y conciencia de su falsedad, porque todo el que escribe es reacio a silenciar algún título que crea favorezca o ennoblezca al pueblo o ciudad donde nació, aunque le conste que algunos de estos títulos son falsos.

La mayor parte de estos infundios etimológicos fueron forjados en nuestra patria, como he dicho, en el siglo XVII o fines del XVI. Por un lado la empachosa clasicofilia de la época del Renacimiento, para lo cual carecía de valor histórico todo lo que no fuera Roma y Grecia e ignoraba por completo lo ibérico, lo visigodo y lo árabe. Por otro lado el afán de algunos escritores eclesiásticos —realmente en la época pocos investigadores no lo eran— de buscar santos antiguos para sus diócesis y parroquias llenó nuestros libros de un verdadero mundo de fábulas y errores. Muchos de estos escritores procedían de buena fe y tenían una estimable categoría científica, habida cuenta de que en aquel tiempo la investigación estaba en mantillas y apenas existía la crítica. Una natural autosugestión, muy corriente en el que practica la excitante actividad investigatoria (y de la que no están a veces libres los escritores modernos) convierte los meros indicios en hechos sólidos y las puras hipótesis en verdades demostradas si con ello se favorece el fin que el historiador va buscando. Sin embargo, en no pocas ocasiones, algunos de aquellos autores die-